

MUÑECA RUSA

Derribo el muro, pero la enredadera sigue en alto,  
Mi sombra que la imita crece también sin apoyarse en nada,  
Hela aquí sujeta al aire y a su espiral inmóvil  
Mientras clava en su cabeza raíces de estratosfera,  
Yo sé que mi sombra me iguala en peso y en volumen  
Y que no le importa morir calada hasta los huesos  
Cuando me roba la camisa pegada a la carne por obra de la lluvia,  
Oh sombra que propicia el equilibrio entre los platillos de la inmensidad  
En este día en que vuelvo la cara contra la pared  
Mientras ciertos rayos firmes como trenzas de oro  
Arrastran al mundo hacia la transparencia entornada,  
Hacia la puerta de agua que es muro bronco  
Al que no se adosa ninguna enredadera,  
Cascada prendida con alfileres al color de lo entrevisto  
Cuando talo escaleras para que a solas descienda el firmamento  
Armado hasta los dientes de una gran beatitud azul,  
Cielo amigo cuya piel abierta no representa herida alguna  
Sino escoriaciones leves en los sitios en que la rama se renueva,  
Marcas de silencio que algunos confunden con la muerte,  
Silencio tatuado que después libera su perfume en la naranja del plenilunio  
O me acaricia cuando pierdo la cara a la vuelta de la esquina,  
Pues no es ésta la primera vez que se me acaba el corazón  
Al irse a tierra con todo y sus pájaros,  
Con todos sus diamantes que tiritan cuando remuevo su cáscara de agua...  
Estoy roto y existe un hueco entre mis costillas y las nubes  
Porque los dioses prohíben los frutos de la convocación  
Y las hojas no conocen más vuelo que el de su muerte,  
Impotentes como yo que busco "nada" y encuentro "nunca",  
Perplejas como yo, cuando la perla se muda en rocío lunar  
Y me pongo a ver cómo un hueso demasiado extraño  
Se sienta a estorbar, a brillar con saña inaudita  
En el trono vacío donde ya no legisla el corazón;  
He aquí que llegan preguntas como pilotos de demolición:  
¿Dónde esta la cabellera perseguida por enjambres de soles?  
¿Quién cerró la huerta que habla ronco de tanto cantar en vano?  
No hay muro que intimide a la imaginación  
Y no porque la piedra calle negaré asilo duradero  
Al estilete que viene del aire y llega al tuétano:  
No por eso negaré el prodigio de mi saco a cuadros  
Que vierte agua por las mangas, agua por el cuello,  
Agua por el ojal de la solapa y los orificios de los botones.  
No, no voy a preguntar por qué surge agua inesperada,  
Pues siempre olvido cerrar el grifo del insomnio,  
Olvido que el sitio por donde sangra el universo es esta rosa,  
Olvido que estoy muerto y no me atrevo a desmentir a la cascada ni a su transparencia atronadora

Ni a esta calle que sube por laderas de fuego y al fin desaparece,  
 Corona de fugacidad, Cementerio de planetas  
 Donde los caminos se hacinan en lo que es posible y todavía no es semilla  
 En espacios que almacenan ausencias hasta reunir un primer grado de ser  
 Y consumarse luego en otras formas de existencia,  
 Sin aprender cuánto padece el polvo oscuro  
 Con el peso y la máscara de su nueva encarnación...  
 No, Jamás negaré a la calle ni al agua,  
 Ni preguntaré si existe la terraza en que el cóndor sitia galaxias de nieve y lontananza amotinada;  
 No pondré en duda el tajo que llevo en vez de alma,  
 Ni cortaré la fruta que madura bajo su propio carozo,  
 Ni voy a confirmar si soy imagen o sólo semejanza  
 Del toro encarcelado tras los barrotes del arpa;  
 Jamás investigo por qué las manchas de la catarina borran al séquito de Argos,  
 Pues creo que si mi ojal llora claveles, los llora en efecto  
 Y que si el espejo absorbe sueños con su esponja de azogue  
 También yo devoro nada abolida y cielo desmoronado  
 Y hermosa transparencia que se convierte en otro muro,  
 En piso de cristal para esta isla de inmanencia,  
 Esta barca en cuyo fondo las estrellas padecen hambre de mi anzuelo  
 Cuando el instante pleno tiene amanecer y tiene ocaso,  
 Resurrección en cada pausa, porque ese instante semeja una muñeca rusa  
 Con otra muñeca rusa escondida dentro,  
 Con otra y otra más, y siempre otra más enterrada en lo profundo  
 Igual que una nuez congelada sobre su centro palpitante:  
 De muerte en muerte el instante rueda  
 Por las galerías descendentes de su propio sinfin  
 Y por eso ya no exorcizo a lo posible porque lo posible es lo único cierto,  
 Dejad entonces que en el camino de mí mismo  
 A mí mismo me tropiece con mis viejas lágrimas  
 Y que ciertos nombres carniceros griten buscando mi garganta,  
 Dejad que en el campo las fresas huelan a tarde que no quiere acabarse  
 Y que la belleza violenta ame hasta la desmesura el lago en que se refleja,  
 Dejad que abra mis pómulos con guadañas de granizo  
 Y que sorprenda a mi madre con una fuente de antifaces  
 Abierta sobre el tiempo luminoso,  
 Sobre las épocas de confusión y de negros éxtasis  
 En que la flor devora los dedos de la estatua  
 O consume la parte del fruto en que madura la caída,  
 Hoy que verdea el reverso de la hostia  
 Y el azar imprime en las fontanelas del niño su planta cuaternaria:  
 Nadie sabe a qué hora cesa el bostezo de la niebla,  
 Ni por qué mi certidumbre nunca va más allá  
 De tu mejilla hundida por una pequeña piedra de aire,  
 Nunca más allá del olmo en cuya punta el fuego vespertino crece,  
 Ni del árbol paternal que nos observa siempre con las manos en la espalda,  
 Ni del río que parece lento pero en realidad conduce moho vertiginoso,  
 Tierra exilada cuyo centro también es hojarasca  
 Donde la noche se reclina sobre el sueño mullido de su infancia  
 Y comprueba que todo está lejos y que en el hueco de mi lengua anida la palabra,  
 Anida el centro de la distancia múltipara  
 Y el pensamiento de pies vendados que apenas enlaza territorios;  
 Dejad entonces que se agrieten las conchas de mis párpados  
 Y que un sol instantáneo salga del centro de mí mismo  
 Y que un batir de ventanas eleve mi mansión en la mañana radiante y dorada

Y que el as de sangre abandone la baraja y corte el telón de bruma;  
Permitid que yo corra en sueños todo el año  
Para llegar hasta aquí, en repentino pie de guerra,  
Buscando los instantes de largo amanecer y escaso ocaso,  
Los guiños que lanza la sombra de un latido,  
La sangre del paroxismo en los labios de la grieta,  
Los signos que retuercen letras como anguilas y luego ensayan nuevas poses inmutables;  
Dejad que yo desentierre el plenilunio del silencio,  
El aroma del espliego y el grito de la sal,  
Pues no quiero despertar a ese otro despertar que es otro dormir,  
No quiero sustraerme al duro aletazo de la pasión,  
Ni que te asombres de palparte a ti misma y no ser forma,  
Oh ilusión de nuevo erguida, ilusión renovada  
Ahora que en mi epitafio la última sílaba cuelga de cabeza  
Y mis versos trazan giros de serpentina negra  
O sirven de cordeles al zapato enorme de mi tumba;  
No quiero que mi alma clausure su fuente de bandadas,  
No quiero que aparten de mí este cáliz con orillas de ultratumba,  
Ni que se borre el vuelo que va del pinar a la rosaleda,  
No quiero que me asfixie el abrazo de la lluvia  
Ni busco refugio contra el aguacero desatado por dentro,  
Pues no doy ni pido cuartel: más bien respiro en mitad del viento de piedra  
Y me alumbro con alas de plata que soplan sobre la vela  
Y sobrevivo al grito de las arquitecturas crispadas  
Y me sostengo en la baldosa que decrece, en ese adoquín envuelto en piel de zapa  
Donde se afirma una luna reducida a pétalo de hortensia  
Mientras me pierdo bajo la zafra de reflejos, en esta vida que es muerte reforestada  
Y prólogo de la convocación, instante que incendia sus puentes y sus pausas,  
Para que otra vez la gaviota funde su blancura entre las fauces de la inmensidad  
Y corte con alas de hierro el círculo sonámbulo del reloj y de la noria,  
Pues no me atañe lo que oculta el cielo tras una máscara de ojos,  
Me basta el burbujeo insondable de lo inacabado,  
El llanto a mi medida, el trébol de mi tamaño,  
Sólo el trigo cuya cintura sea mi abrazo,  
La tórtola que apaga al diluvio con hisopos de penumbra  
Cuando entro en mí a pedir una silla o un reclinatorio,  
Porque me cansa estar de pie en el centro de mi pecho,  
Entre tanto espacio preparado para que yo me habite,  
Entre tanta amnesia que tremola sin torre ni astabandera,  
En lo interno sin medida, en esa zona de espejeo  
Y de flama que huye por la escalera de incendios  
Hacia la noche que le saca punta al trompo del corazón  
Y toma por la oreja al eco y lo instruye con violencia  
Para que se acostumbre al peso terrible de su materia excavada:  
No, de ninguna manera resulta fácil la conquista de la propia entraña  
Y apenas se sabe cuánto se ignora en esta inmersión viscosa  
Donde fracaso al leer mi vida a la luz de un cocuyo,  
Cuando mi frente, absorta en el sol de adentro que ahora emerge,  
No hace nada en el momento en que la besa una amapola,  
Absolutamente nada cuando el plato de monograma azul abandona la mesa  
E inventa graves órbitas de leche con luz  
O traspasa la marea que un címbalo produce  
Feliz de que exista afuera el sol de adentro,  
Un sol que despierta caracoles en el camino que se afila  
O se vuelve cuerda floja que no recorren los conquistadores de distancia no trillada

Y de espacio jamás revuelto por las alas del ojo,  
 Por los manantiales de invisibilidad amarilla que la mirada siembra,  
 Mientras hago el inventario de todo cuanto ignoro  
 Y que jamás conoceré encerrado como estoy  
 Entre la botella de la eternidad y sus turbios asientos de espejismo...  
 Mejor dadme la osamenta que atrae moscardones celestiales,  
 El hueso mondado por los dientes de la blancura,  
 El día que envenena al alumbrado público  
 Igual que el viento aniquila al hachón con brea;  
 Dejad que el jardín borracho se pierda entre senderos  
 Y devore en secreto migajas de felicidad incandescente,  
 Dejad que el cuerpo sea el alma de la noche  
 Y que yo pase mi brazo por el cuello de esa ala  
 Y que salute en ella lo que tiene de astro  
 Y de canto solar que sube por el árbol donde tiembla un follaje de peces  
 O un cielo que me habla con su máscara de guiños  
 Mientras olvido las odas que la humanidad consagra al espacio ilimitado,  
 Mientras recuerdo a la ciudad que ha salido de compras  
 Y que volverá con alguna piedra subastada por el grito del chubasco  
 O con un río que la atraviese de norte a sur;  
 Dejad que los álamos vengan a mí  
 Y que por la sola virtud de mi sol entrañado  
 Me mantenga tranquilo sobre un par de topos de fuego,  
 Dejad que el árbol penumbroso venga a mí  
 Para que sus ramas despierten nubes sin prisa por ser lluvia,  
 Oh lagos en vilo, odres a la deriva  
 Que estallan como un concierto de confusas lenguas,  
 Como una fuente reunida por encima y por debajo de su ancho cinturón de tierra,  
 Como una fuente de cohetes que dispara las odas  
 Que se cantan al espacio podrido por la geometría,  
 Vasto "sí" que devora al portón enrojecido por la embestida del otoño  
 Y que abre ventanas en la sandía oscura y respiraderos en el centro del planeta  
 Y que corta fundas de sable con apacibles tajos de hoja verde,  
 Para después blandirlos en el sótano del pecho  
 Y arrancarle balbuceos, reverberaciones vehementes  
 A esa marisma cuya piel es un lenguaje inmenso,  
 Agua de signos en perpetuo hervor, arco voltaico y puente de sombras,  
 Un "sí" rabioso que contenga mi deseo de que no haya más odas al espacio,  
 Ni a la conciencia, ni al hombre ungido por la pesada tiara de esa conciencia  
 Ni al campesino de quien viven demagogos y antropólogos  
 Y que ahora luce en verdad un aire demasiado extraño,  
 Un tufo como de lobo antes del aullido  
 O el aturdimiento de quien oye caer una moneda al fondo de sus huesos,  
 Si bien su identidad, hasta ahora virgen, no desaparece,  
 Pues su mirada conserva el mismo fuego eremita,  
 La misma explosión hacia atrás y hacia adelante en el tiempo,  
 El mismo cambio esencial que pervive desde que los ancestros  
 Perdieron las inagotables cerdas,  
 Y el nuevo azoro de asomarse entre las pestañas del vacío  
 Al descubrir otro mundo entre las cintilaciones de la brasa:  
 He aquí al campesino emparentado con la selva que ya no lo reconoce,  
 Helo aquí encandilado entre los fuegos cruzados del periférico,  
 Rodeado de piel por todas partes, isla errante  
 Que se encuentra de golpe con que su conciencia lo corona  
 Y también lo anula con su peso de tiara enjambrada,

Con su sombrero lleno de conos y que no lo convierte en mago,  
Acaso en puercoespín, más que nunca a la defensiva,  
En animal urbano desde hoy por la mañana  
Domesticado por sacerdotes sin rostro ni presencia:  
Miles de veces demasiados necios han exaltado  
Los poderes extraordinarios de la conciencia,  
Como si un simple conejo no la tuviera, por ocuparse de una zanahoria más concreta que las otras;  
Miles de veces, el dueño de esa conciencia —confuso a causa de ella—  
Ha pregonado y ha militado, ha confiscado y ha matado  
Con el permiso de ese órgano tan definidor y sublime;  
Sin embargo el conejo nunca se equivoca de zanahoria  
Y en cambio uno padece lo indecible con su indeterminación omnífaga,  
Uno es este imbécil cuya conciencia apenas ha captado  
—Décadas después de la invención del automóvil—  
Los peligros de vivir en pajarreras de cemento:  
Uno, que ni siquiera es la nota aguda en el concierto indeseado,  
Cimbra su esqueleto de árbol blanco y recita su oda a la conciencia  
Sin que se entere el campesino, provisto de una dotación natural  
Que lo previene contra la pesada tiara y lo envuelve en aparente sopor,  
Hasta que por fin regresa a su raíz no perdida,  
Mas no como un pistilo en la flor del mundo,  
Ni como una conciencia dispuesta a más conciencia,  
O una tozudez que se apasiona por las quemaduras de la geometría:  
El campesino regresa a su nicho apenas natural y casi cultivado,  
Salvado ya del estiércol metafísico  
Al que nuestra conciencia nos envía sin enterarse de nada:  
Después de ese ejemplo, quizá yo deje de pensar con orgullo en la conciencia,  
Y sin límite que yo conozca, ocupe mi fuerza  
En resucitar afuera el sol de adentro,  
Bello sol nacido entre el buzo y el ancla, entre el topo y su raíz,  
Abajo de la piedra y del centro terráqueo,  
Siempre más hondo y siempre más lejos,  
Hasta crear el instante donde el agua  
Es una especie de guante que pesa sobre la invisibilidad,  
Nueva penumbra que se alimenta con latidos de pájaro,  
Nueva enredadera que forma con su nuevo verdor su nuevo muro  
En que nuevas almas se transfiguran  
Entre la luz que da a luz al unitario sol interno.

---

